

De cronopaleografía íbera: el grupo arcaizante pirenaico

Jesús Rodríguez Ramos*

*A Joan Maluquer de Motes y Leandre Villaronga,
pioneros de la paleografía íbera*

The aim of this work has been to produce a chronological framework for the study of archaic Greek inscriptions, [...]. But the analysis of letter-forms must remain in most cases the chief aid for dating any archaic inscription [...].

I have tried throughout to remember that, particularly where archaic inscriptions are concerned, epigraphy is a branch of archaeology; the letters are written on objects of varying type and material, and inscription and object must be considered in relation to each other. The epigraphist may not agree with the absolute date assigned by the experts concerned to a vase or figurine, but he cannot afford to ignore it. (Lilian H. Jeffery)

Resumen Siguiendo el método de la tipología cronopaleográfica, se prosiguen los estudios sobre los signos íberos arcaizantes de la zona pirenaica gracias a la aparición de nuevas inscripciones en las que destaca la presencia de **be-11**, con lo que se logra una mucho mejor definición de las características paleográficas de este conjunto. Los datos apuntan a que fue una variante de la escritura íbera de finales del siglo III a. C. la que dio origen al grupo de variantes locales, que conservan formas de letras antiguas y que se utilizaron desde Lérida hasta Navarra. Es probable que fuera entonces cuando se introdujera el uso de la escritura en esa región, probablemente en relación con las necesidades administrativas de Indibil. Según la información actual, parece que su sustitución por la escritura estándar ibérica tardía (iberorromana) no comenzó hasta finales del siglo II a. C., con el impulso de la urbanización romana, pero que las escrituras arcaicas se siguieron utilizando incluso en el siglo I, al menos en Huesca y posiblemente también en Navarra.

Palabras clave Escrituras íberas epicóricas. Paleografía. Escritura íbera en Lérida, Huesca y Navarra.

Abstract Following the method of chrono-paleographic typology, this paper proceeds with the studies of the Pyrenean Iberian archaic local scripts, thanks to the emergence of new inscriptions in which the presence of **be-11** stands out, achieving a much better definition of their paleographical features. Evidence suggests that it was a variant of the Iberian script of the late 3rd century BC which gave rise to the group of local variants, that preserve old letter forms and were used from Lérida to Navarra. It is likely that it was then when the use of writing was introduced in that region, probably in connection with Indibil administrative needs. According to the current information, it seems that their replacement by the late Iberian standard script (Ibero-roman) only began at the end of the 2nd century BC, motivated by the Roman urbanization, although the archaic scripts continued to be used even in the 1st century, at least in Huesca and possibly also in Navarra.

Keywords Ancient Iberian local scripts. Paleography. Iberian script in Lérida, Huesca and Navarra (Spain).

* Doctor en Historia Antigua. jrr_ib@hotmail.com

INTRODUCCIÓN

Es un error común en la arqueología enfrentarse a las inscripciones íberas con complejo de inferioridad respecto a los filólogos, en la creencia de que lo que tenga que ver con una lengua es cosa harto difícilísima e inabordable. No solo es un extraño equívoco (leer latín ayuda para el íbero lo mismo que para el chino), sino dañino, puesto que ha conducido a negligir los aspectos arqueológicos de las piezas y la tipología paleográfica.

Para clasificar una producción cerámica no espera el arqueólogo a consultar con un fabricante de loza o con un ceramista de *souvenirs*. Para la clasificación hay unos criterios tipológicos: se aplican, se revisan, se añade la nueva evidencia y, en su caso, se corrigen. Como en el proceso dialéctico: tesis, antítesis, síntesis. Nadie espera que el primer modelo sea el definitivo, pero todo el mundo entiende que, si este no se plantea, *nunca* se llegará a la síntesis final.¹

La cronología paleográfica es una tipología arqueológica más, en la que la evolución de las formas puede tratarse al margen del significado del texto. Es una tipología artesanal, con un margen de variación mayor que la industrial:² los signos no pueden cambiar aleatoriamente de forma, puesto que necesitan comunicar, pero sí que puede haber casos de *mala caligrafía*, donde algún signo se haga mal, y es más propensa a arcaísmos.³

Pero, aunque no tenga las ventajas de la tipología industrial, sí posee la ventaja de la multiplicidad de rasgos. No depende de un solo elemento. Cada letra nos da una información, pero es su conjunto el que da la información. Algunos signos dan mucha, otros solo matices o probabilidades. Cuantos más signos distintos y más repeticiones se documenten,⁴ mejores serán su información y su fiabilidad. Es fundamental el enfoque holístico, según el conjunto de signos y la filiación de estilos paleográficos.

¹ Piénsese en cuánto ha evolucionado la clasificación preliminar de Lamboglia (1952) pero en qué poco se habría podido hacer sin ese primer paso.

² A diferencia de las tipologías de producciones industriales de formas cerámicas, donde el producto se hace en cantidades masivas y donde cambiar de patrón formal supone un mayor esfuerzo.

³ Para este fenómeno de un signo que acaba teniendo una forma real diferente a la ideal pretendida utilizo el término *cacografía*.

⁴ Precisamente por las cacografías. Es fácil de comprobar que, en inscripciones largas donde una forma de un signo es claramente mayoritaria, de manera ocasional aparece con una realización anómala que, de no haberse conservado las restantes, consideraríamos canónica. A veces los *errores* son debidos a falta de espacio, colisiones con otros signos o cuestiones del soporte.

Desde un punto de vista teórico, es relevante destacar que la cronología paleográfica tiene tanto un componente inductivo como otro deductivo. Prima el inductivo, puesto que es el resultado de un proceso empírico en el que las diversas formas y sus asociaciones en signarios se analizan cronológicamente para establecer su grupo y su secuencia, concluyendo de ella su valor como prueba o indicio para atribuir a una inscripción determinada cronología o su afiliación a un subsignario. Son, pues, los datos, no nuestras creencias previas, los que nos han de indicar hasta dónde se puede ir, confirmándose, modificándose o corrigiéndose conforme aparezcan más.

Por otro lado, no es menester esperar una total seguridad en todos los detalles (como, de hecho, tampoco se espera para técnicas tan reputadas como el ¹⁴C),⁵ puesto que la mayor o menor probabilidad de un rasgo es también información útil.

Aunque para algunos detalles pueda llegar a ser necesaria una cierta especialización (como también pasa en la clasificación cerámica), una información útil y a menudo suficiente es posible obtenerla por cualquiera simplemente comparando la carta de formas. Mejor aún, esta información puede permitir el planteamiento de hipótesis razonadas que contrastar con el resto de datos. Incluso allí donde se encuentren usos excepcionales, como arcaísmos, localismos o innovaciones, esa información es relevante, puesto que ¡esos mismos fenómenos lo son para un historiador!

Por otra parte, no debe subestimarse el componente deductivo. Este consiste en que, como en la biología, la evolución de las formas sigue una lógica interna. Un buen ejemplo es el de *be*, desde su relación con la forma meridional a la de finales del siglo II a. C., siguiendo una evolución paulatina donde las mutaciones intermedias explican las siguientes (fig. 1).

Un tipo de evolución más genérico lo tenemos en el llamado *asentamiento* de diversos signos como *a*, *l*, *r*, *i*, *n* y *u*; desde formas con rasgo distintivo claramente superior que se levanta sobre un claro apéndice vertical, hasta que el rasgo va descendiendo y el apéndice disminuye y desaparece. En estos casos tenemos una cronología relativa de innovaciones y la duda puede estar en determinar en qué momento, más o menos temprano, se inicia o se concluye el proceso

⁵ Es bien sabido que la seguridad en las dataciones por ¹⁴C se obtiene a partir de la cantidad de muestras, mientras que cada una por separado está expuesta a contaminación, intrusiones o errores de laboratorio, así como que lo que se obtiene solo es un lapso de probabilidad donde sus extremos son improbables pero no descartables.











								
meridional	be-1	be-4	be-2a	be-9a	be-10a	be-11b	be-7	be-6
								
						be-8		

Fig. 1. Principales fases evolutivas del signo be.




































Meridional					
	i				
	n				
	l				
	r				
	a				
	u				
	m				

Fig. 2. El proceso de asentamiento de signos.

en cada uno de estos signos, pero no en qué formas son anteriores y cuáles posteriores. No es casualidad que la secuenciación cronológica de los soportes coincida con este esquema (fig. 2).

Conviene también recordar al historiador la obvia relación entre escritura y área política, y que en esto la paleografía tiene mucho que decir: las variantes paleográficas pueden utilizarse como marcadores de fronteras y sus sustituciones masivas relacionarse con eventos sociopolíticos.⁶

Así, antes de la gran simplificación del ca. 200 a. C. (que como fenómeno se relaciona con las consecuencias del control romano), pueden apreciarse claramente dos grandes subsistemas del levantino: uno en el sur de Francia y el norte de Cataluña;⁷ otro en el norte de Valencia, en lo que sería zona edetana. La propia frontera inicial de lo levantino respecto de lo meridional coincide sospechosamente con la frontera cuyo cruce causa la Segunda Guerra Púnica. Otra zona política, presumiblemente contestana, la constituiría la del uso de la escritura grecoibérica, mientras que algunas diferencias paleográficas del sistema meridional parecen marcar una distinción entre la zona bastetana y la oretana, que puede sumarse a la lista de indicadores bastetanos que han venido definiéndose a partir del estudio de Almagro-Gorbea (Rodríguez Ramos, e. p.).

Incluso en el *reino* de las estelas *tartésias*, donde prácticamente no se entiende nada,⁸ se puede extraer información: hay una clara diferencia entre las inscripciones del Algarve y el resto, que se corresponde con unos límites naturales claros y que seguramente nos esté informando de una frontera política, mientras que su distribución espacial nos señala rutas comerciales entre los asentamientos costeros y las zonas mineras del interior (Rodríguez Ramos, 2002: 92 ss.).

Pero, pese a la utilidad de la paleografía, esta ha sido negligida en la paleohispanística, donde ha primado un enfoque excesivamente filológico-literario (no se confunda con lingüístico, que es algo muy diferente y mucho más técnico), con escasa atención a cuestiones cronológicas.

Los estudios paleográficos del íbero fueron iniciados por Villaronga y Maluquer de Motes. Los de Villaronga se centraban en las cecas monetales, don-

de la información era reducida y cronológicamente muy parcial. Por ello resultó más interesante el intento de Maluquer de Motes en su manual (1968), pero muy pocas personas le han prestado atención. Si se lee, es fácil ver que se trata de un trabajo preliminar, donde la clasificación de las piezas es genérica dentro de grandes grupos, sin un proceso de revisión al detalle, y las conclusiones, muy preliminares. Un análisis de los propios datos *obsoletos* que presenta hubiese permitido unas conclusiones más ambiciosas al lector diligente.⁹

No critico con ello al gran Maluquer de Motes y su genuino espíritu investigador, solo indico que el diseño del estudio es preliminar, pues obviamente no disponía de una cantidad de medios y de tiempo ilimitada para todos sus proyectos. Sí critico lo que se hizo después: nada. Se ignoró por completo hasta hacerlo caer en el olvido. Mientras, los recursos de investigación se concentraron en los *léxicos*: ejercicios metodológicamente muy simples que por su propio diseño no tienen carácter investigador, sino recopilador, además de resultar escasamente adecuados para el íbero, pues siguen un método pensado para lenguas que se conocen con segmentos identificables. Eso por no comentar peculiares errores de criterio y realización.¹⁰

Pero, por si esta estrategia cuestionable no hubiese sido lo bastante desafortunada, resulta que incluso los nuevos estudios paleográficos de 1997-2004 no se consideraron dignos de apoyo ni de becas ni de proyectos de investigación, sino, de hecho, de una generosa cantidad de antiapoyos. Esta *estrategia* ha perjudicado seriamente a la materia, que de otra manera estaría en la actualidad mucho más avanzada. Las cosas, como son.¹¹

Comparta o no el lector este diagnóstico (que pone de manifiesto que no es solo el método investigador, sino también la estrategia, lo que ha de cuidarse si *realmente* se quieren resultados), aquello de lo que el historiador ha de ser consciente es de que el

⁹ Añádase a ello la aparente presencia de algunas erratas inconvenientes.

¹⁰ Así, los errores de criterio del léxico de Siles (1985) han distorsionado la imagen de las investigaciones antiguas, al destacar hipótesis dudosas o totalmente peregrinas pero no explicar al lector ideas realmente interesantes. El caso paradigmático es *šalir*, no prestando atención nada menos que a Michelena.

¹¹ Dentro de esta reivindicación de la paleografía hay que recordar que desde hace décadas esta ha defendido la presencia colonial fenicia en Tartessos en el siglo IX a. C. (por la forma de los signos que se adoptan del fenicio), por más que lo hacía entre un escepticismo generalizado e incluso categóricos comentarios tan despectivos como producto de la ignorancia. En los últimos años se ha visto que la paleografía siempre tuvo razón.

⁶ Véase Rodríguez Ramos (2001).

⁷ Aunque es verosímil que la frontera estuviese en el Ebro, el límite meridional todavía no está claro, al faltar datos de la zona entre Tarragona y Castellón.

⁸ Como mucho, que algunos segmentos iniciales serían nombres de personas, pero a menudo no puede ni asegurarse dónde termina el nombre.

enfoque filológico se ha despreocupado demasiado por cuestiones como las dataciones. No porque esta deficiencia sea *pecado* imperdonable (nadie puede entender de todo), sino para evitar errores por exceso de fe en *expertos*. Este desinterés se aprecia especialmente en los libros publicados, pero, como la auténtica comprensión se logra mediante ejemplos, podemos hacernos una idea de la fiabilidad con algunos casos muy elementales al tratarse de piezas áticas.

Así, nada menos que Untermann (Campmajó y Untermann, 1993: 504), para datar las inscripciones rupestres en el siglo II a. C., nos argumenta que esta centuria es el contexto arqueológico de inscripciones con segmentos similares a los de los plomos de la tumba de Orleil (ajuar de cerámica ática de barniz negro y de figuras rojas) y de grafitos Ullastret, lo que no solo es inverosímil, al ser bien sabido que es un poblado abandonado apenas iniciado el siglo II a. C., sino que en sus ejemplos encontramos áticas como C.2.17 y C.2.22.¹²

Similarmente, Moncunill (2010: 91) data D.7.1 en 150-100 a. C., con la única observación adicional de que hay quien, para plantear otra lectura, la fecha en el siglo IV a. C. Pero, pese a lo serio de esta discrepancia cronológica, no le presta mayor atención ni considera necesario explicar al lector de dónde concluye su datación en el periodo 150-100 a. C. Desconoce los estudios hechos sobre esta pieza de libro¹³ y la define como cerámica campaniana, sin ver nada llamativo en que la referencia que cita sobre el siglo IV a. C. la califica como ática.

Incluso cuando efectivamente se accede a cronologías detalladas y correctas, el interés por ellas es escaso. Así, cuando Garcés (2013: 484, y Sabaté y Garcés, 2018: 807) se toma un gran esfuerzo para ratificar que la ática L.06.01¹⁴ no solo es del siglo IV

a. C. (como se venía diciendo),¹⁵ sino de su primera mitad, en la crónica de Velaza (2019: 259) la única información cronológica que se da supone un claro retroceso: «Se trata definitivamente de una pieza datable entre los siglos IV y III a. E.».

En este contexto, quizá sea una mera extensión del desinterés el que, de forma similar a como se ignoró por completo el trabajo de Maluquer de Motes, los estudios paleográficos de treinta años después solo tuviesen una cierta repercusión entre los arqueólogos pero fuesen relegados por parte de los filólogos. Es sumariamente despachada en una nota a pie de página por Velaza (2001: 640, n. 3): «[...] no podemos estar de acuerdo con diversos aspectos de sus conclusiones. Mucho queda todavía por hacer en este campo», comentario que no tendría más relevancia que la propia de una opinión de una persona no familiarizada con los materiales arqueológicos de no ser por la parte práctica: teniendo su Grupo de Investigación Littera casi el monopolio de la publicación de nuevas inscripciones, son tan pocas las veces en que se utiliza el modelo paleográfico que ha creado un cierto recelo contra el mismo.¹⁶

El relegamiento queda claro en la obra de referencia editada por Sinner y Velaza (2019), donde el tema ni se trata, ni se incluyen en su bibliografía los dos artículos sobre datación paleográfica (Rodríguez Ramos, 1997a y 2000). Tampoco aparece la bibliografía paleográfica en la monografía de Untermann (2014), pese a que la paleografía de diversos plomos que revisa recibe un estudio específico ya en Rodríguez Ramos (1997a) y Untermann hace observaciones sobre las formas de los signos. La misma ausencia se aprecia en la bibliografía del corpus de inscripciones tarraconenses de Panosa (2015), donde igualmente edita plomos que han recibido un estudio específico. No menos significativo es el que las llamadas *descripciones paleográficas* al publicar nuevas inscripciones suelen consistir en numeraciones de signos, pero para estas el estándar no es la clasificación paleográfica,

¹² Tampoco es correcta la tercera de Palamós, que sus arqueólogos datan en el periodo 300-250 pero que aquí es dada como de los siglos III-II. Por otra parte, que nadie copie el disparate de datar inscripciones por palabras similares. Si esto ya es dudoso con palabras idénticas, tamaño laxitud permitiría fechar el *Cantar de mio Cid* en el siglo XX.

¹³ Cf. Rodríguez Ramos (2004 y 2014: n. 3).

¹⁴ En las referencias doy prioridad a la de los *Monumenta Linguarum Hispanicarum* (en adelante, *MLH*) cuando es una inscripción efectivamente publicada en ellas. Cuando no, utilizo la referencia del Banco de Datos Hesperia de Lenguas Paleohispánicas (BDHesp <<http://hesperia.ucm.es/index.php>>), cuyo empleo hasta hace poco resultaba inadecuado porque no era de acceso público y, por ende, solo tenía sentido para quienes podían acceder internamente (yo, por ejemplo, nunca he tenido ninguna relación con el proyecto). Con todo, la información de zonas tan importantes como la C y la D en agosto de 2021 sigue estando muy limitada.

¹⁵ Datada correctamente en su *editio princeps* de 1973, la pérdida de precisión la atribuye Garcés a su edición por Panosa en 2001 como ática del siglo IV a. C. Pero esta pieza ya era discutida, indicando la datación estratigráfica de Junyent de finales del siglo V a la primera mitad del IV a. C., en Rodríguez Ramos (2001: 24, n. 18), precisamente al tratar la cuestión de los inicios de la escritura en Lérida.

¹⁶ La única excepción relevante que aprecio en Littera serían las publicaciones de Sabaté. Las otras pocas ocasiones en que sí se menciona suelen coincidir con la presencia de coautores arqueólogos que lo usan o con la utilización solo de *be*, como si consultar más signos fuese demasiado trabajo.

sino la de los *Monumenta Linguarum Hispanicarum* (Untermann, 1975-1997), pese a que estos, al haber sido diseñados como índices sin criterio homogéneo ni paleográfico, sino intuitivo, resultan inadecuados.¹⁷ El mensaje entre líneas, en el vacío absoluto entre líneas, es muy claro.

Es ineludible, pues, hacer un comentario. Obviamente en todo modelo hay aspectos revisables y las novedades aportan nuevos datos que suponen ampliaciones, precisiones y correcciones. Es evidente que lo mismo ha de pasar con la paleografía, como ya se indicaba en Rodríguez Ramos (1997a: 13). ¡Por supuesto! Pero ¿qué base argumental tiene esa marginalización del modelo paleográfico?

El problema es que nunca se ha considerado necesario explicar o justificar ese escepticismo, sino que se ha dejado en el acomodaticio universo de las opiniones magistrales. Tras veinte años, esto equivale a no tener argumentos y, salvo que pensemos que los artículos científicos son cuestión de fe, a su rechazo automático. ¿Sería, pues, posible que no hubiese una justificación explícita pero que esta pudiera deducirse? La respuesta vuelve a ser negativa. No puede reconstruirse una motivación científica implícita, puesto que no se aprecian indicios de un conocimiento no ya mejor, sino siquiera alternativo. No hay indicios de un modelo propio diferente.

En las numerosas publicaciones de Velaza y su equipo (con muchas *editiones principes*), en el aspecto de cronología paleográfica solo encontramos alguna que otra opinión *magistral* (sin explicación) o breves comentarios basados en un puñado de paralelos que normalmente ni se datan. A esta deficiencia expositiva hay que sumar que estos criterios, que por cómo se presentan serían los presuntamente propios, no revelan ninguna sabiduría propia, sino que vienen a coincidir con los del modelo paleográfico, y que, en caso de que conciban ellos alguna diferencia, no la indican.

Así, es fácil de comprobar cómo el criterio fundamental (y generalmente único) de datación que se

aplica es el de si la inscripción usa o no el sistema dual, pero que esto suele hacerse sin dar referencia alguna o, cuando se hace, sin mencionar ni la primera vez que se estableció esa datación (Rodríguez Ramos, 1997a) ni la extensamente documentada (Rodríguez Ramos, 2004), sino el breve resumen hecho por Ferrer (2005).¹⁸ ¿Por qué?

Otras evaluaciones *independientes* de más detalle paleográfico son escasísimas, pero tampoco se diferencian. Así, las opiniones magistrales de Velaza (2019: 252 ss.) sobre *ki*, la de Ferrer (2014: 23) sobre *ki* y *be* citando unos pocos paralelos sin datar o el redescubrimiento en toda regla de Ferrer (2011: 219-220)¹⁹ de que *be-2*²⁰ es una forma típica de soportes sobre cerámica ática, en especial cuando se aplica a una discusión sobre un epígrafe de Sant Julià de Ramis que no deja de causar una sensación de *déjà vu* cuando se compara con la de Rodríguez Ramos (2004: 107) sobre la misma pieza y con las mismas conclusiones. Similarmente, la críptica discusión que hace Velaza (Artigues *et alii*, 2007: 246) sobre el colgante de Can Gambús indicando que «el estilo paleográfico del epígrafe invitaría a pensar en una cronología no excesivamente anterior, tal vez en torno a mediados del siglo II a. C.», no solo es científicamente criticable por ser una afirmación sin explicación, sino que de forma tácita coincide con lo que se deriva del modelo paleográfico (*te-4b* y *be-7*).

Una vez expuesta mi perplejidad sobre este curioso fenómeno de indudable honda raigambre académica, pasemos a la revisión puramente científica.

PERIODOS Y FASES DE CAMBIO: EL PROBLEMA DEL SIGLO III

Para poder entender mejor la cuestión de la zona arcaizante conviene un resumen básico de las fases evolutivas previas. No solo como marco expositivo, sino también para comprender mejor los problemas derivados de la irregularidad de la documentación y sus lagunas. Revisaremos de paso algunas cuestiones.

¹⁷ La más notable es que ninguno de los volúmenes recoge todas las formas, sino que cada cual indexa las correspondientes y, además, sin seguir el mismo patrón (por ejemplo, a I del vol. II es el a 6 del III, o te 1 del II es el te 16 del III, con el agravante de que en ambos casos son en realidad formas de *bu*). En otras ocasiones no diferencia formas que hay que diferenciar (como en el s-1 del III), mientras que en otras la distinción es paleográficamente irrelevante como para merecer un número propio. Pero eso no es culpa de Untermann, pues su numeración son índices de la obra, no un estudio paleográfico (y, por eso, cualquier estudio paleográfico serio ha de partir de establecer una clasificación propia); el problema surge si no se percibe la diferencia. Ni el propio Untermann usa la numeración de los *MLH* en su estudio sobre plomos ibéricos (2014).

¹⁸ Por ejemplo, entre otros muchos casos, Moncunill y Morrell (2008: 249), que remiten para la datación a sus compañeros de equipo Ferrer y Velaza.

¹⁹ Apartado 7.7.8, n.º 3. Los números de página de la versión corregida publicada por Ferrer, en <https://www.researchgate.net/publication/251734731_Iberic_baikal_un_nou_testimoni_en_un_escif_atic_de_Sant_Julia_de_Ramis>, difieren de los de la imprenta.

²⁰ Para la numeración de las variantes véase la tabla de Rodríguez Ramos (2004: 143-146), así como las descripciones de las páginas precedentes (109-138). De forma más reducida, Rodríguez Ramos (1997a y 2000).

Es conocido que el fósil director de la paleografía es el signo *be* por sus muchas variantes, fáciles de distinguir y en sucesión. Dentro del modelo evolutivo otro indicio digno de atención, aunque menos preciso, es el nivel de asentamiento de diversos signos, que pasan de tener una marca básicamente superior a ir descendiendo esta incluso hasta empezar en la base (véase la figura 2). Con todo, parece que solo el asentamiento completo y solo el de algunos signos es un indicio probatorio. Tal sería el caso de *a*, *l*, *u*, *rn* y *r*.²¹ Formas avanzadas de *n* o de *i* se pueden documentar en el siglo IV a. C., por más que en varios de estos casos a menudo da la impresión de que los más asentados responden a condicionantes de la inscripción, como signos de pequeño tamaño replegados por la superficie convexa de la cerámica.

Es muy posible que esta tendencia acabe revelando una distinción entre una fase antigua inicial (un Paleoiibérico 1a) y una posterior (Paleoiibérico 1b). Por desgracia, la documentación del Paleoiibérico es insuficiente y adolece del agravante del conocido fenómeno de la perduración del uso de la cerámica ática (excepcionalmente hasta tres siglos). No está claro el *post quem* que podría sugerirse para esta evolución (¿350 a. C.?, ¿400 a. C.?),²² pero es un rasgo que hay que tener presente para futuras investigaciones.

Por ello resulta desafortunado que, aunque recientemente han aparecido dos plomos de datación arqueológica antigua, el uno (Grau Vell V.04.61) presente serios problemas por el desgaste de los signos,²³ mientras que el otro (Tos Pelat V.21.01) solo muestre signos que pueden atribuirse a cualquier momento del Paleoiibérico.²⁴ De todas formas, el asentamiento de signos es más típico de inscripciones más modernas, y cuando *n* o *i* adquieren formas asentadas bien tra-

zadas, especialmente cuando están inclinadas, suele ser un indicio claro de iberorromano.²⁵ Esto no implica que las formas que mantienen la marca ocupando un pequeño porcentaje superior sean antiguas: son formas clásicas. Si bien puede ser recomendable notar cuándo esta marca es más superior de lo normal, como estilísticamente un signo *esbelto*.

Desde el principio (Rodríguez Ramos, 1997a: 14) en el modelo paleográfico se ha indicado que era válido principalmente para las zonas costeras, pues eran las únicas bien documentadas, señalando para el interior indicios de signarios arcaizantes, tanto en la zona de Teruel como especialmente en la zona pirenaica entre Huesca y la Cerdaña.

Otro problema ya discutido entonces es el de las limitaciones de dataciones arqueológicas. Es muy serio en cuanto afecta sobremanera a la precisión de las periodizaciones. No solo se aprecia un sobredimensionamiento de documentación de plomos del periodo de conquista (220-180 a. C.), pues estos suelen cesar su reciclaje cuando se destruye el poblado, sino que hay periodos que las tipologías cerámicas rara vez permiten concretar. Dentro del siglo II a. C. cuesta precisar en el periodo 180-150 a. C., así como hay ciertos rasgos datables en un perfil posterior al 150 que, por su asociación excesiva a ciertos soportes, puede sospecharse que sean en realidad posteriores al 135.

Pero donde el problema es realmente dramático es en el siglo III a. C.: entre el 300 y el 220, sobre todo en su primera mitad. Las principales diferenciaciones dependían del soporte en ática, el plomo de Palamós (datado en la primera mitad del siglo III a. C., con dos rasgos paleográficos cruciales en *be* y *ba*) y la necrópolis de Ensérune (que se abandona edificándose encima en el último cuarto del siglo III a. C.). Dentro de este periodo hay que encajar las novedades del Paleoiibérico 2, pero sobre todo las del Neoiibérico 1. De ahí el lapso de inicio propuesto para el Paleoiibérico 2 (300-275 a. C.), al sospechar que diversos soportes áticos fueran inscritos a inicios del siglo III a. C.²⁶

²¹ De estas, las formas intermedias de *a* y de *l* parecen menos fiables como indicadores.

²² Hay pocas inscripciones cuyo soporte permita hacerlas remontar a inicios del siglo IV a. C. o antes, con el problema que supone que, a falta de contexto estratigráfico claro, la inscripción puede ser posterior. Paleográficamente, tampoco es fácil documentar este estilo o fase inicial, puesto que en su evolución se correspondería con *be-1* y quizás con *be-4*, pero de cada uno solo se conoce un caso. Si lo comparamos con la relativa abundancia de *be-2*, es fácil estimar que serían muy pocas las inscripciones conservadas de esta fase inicial.

²³ Como puede apreciarse por las notables diferencias en las lecturas propuestas. En las fotos cuesta identificar los signos que se transcriben y da la impresión de que tampoco de origen se escribió muy bien.

²⁴ Naturalmente, resta la posibilidad teórica de que algún día se documenten formas previas no conocidas que hagan que alguna forma que consideramos originaria se revele como innovación.

²⁵ Así, en la jarra de la Joncosa (BDHesp B.11.01), los plomos de Yátova (F.20.1-3) y las estelas de Sagunto F.11.5 y 6, y de forma similar también en la estela de Cabanes (F.5.1). El plomo La Carencia 3 (Velaza, 2013: 544 ss.) muestra unos claros *n* y *u* asentados en un uso tardío confirmado por *be-7*, *te-4b* y *ti-3*, pero en *i* no resulta tan claro. Sin embargo, aunque más inseguro, no es muy diferente el trazado, al menos de *i*, en la pequeña base de piedra F.11.7, donde aparece junto a un *be-8*, en principio de 225/210-180 a. C., este con un trazado que apunta más a una forma inicial que a una final. ¿Quizás ese estilo particular se desarrolló en Sagunto?

²⁶ Frecuentemente, son producciones de finales del siglo IV a. C., y en la necrópolis de Ensérune hay claros indicios de uso tardío, con piezas reparadas e incluso segundas inscripciones sobre

Conviene volver a incidir en la cuestión del tránsito entre las formas arcaicas y las medias de **be**, que es la que señala el tránsito al Paleoibérico 2. En Rodríguez Ramos (2004: 109) indicaba que tanto la conocida perduración del material ático como la aparente escasez de soportes datables en la primera mitad del siglo III a. C. me hacían plantearme la posibilidad de que las formas más evolucionadas hubiesen tenido uso en parte del siglo III a. C. Algo lógico si tenemos en cuenta que en un principio se prioriza la escritura sobre soportes de gran calidad y que no son pocas las áticas implicadas identificadas como producciones de finales del siglo IV a. C. Esta sospecha la refuerza la tendencia, que veremos *infra*, a que la mayoría de las piezas protocampanienses con inscripción de Ensérune sean formas de la segunda mitad del siglo III a. C. Revisemos el caso.

En Rodríguez Ramos (2004: 109 ss.) se considera originaria la forma **be-1**, según el criterio evolutivo, en cuanto que puede explicarse como un derivado del signo **be** meridional, seguida de **be-4** y **be-5**. De modo que las formas **be-2** constituirían una innovación cuya datación «sería de 350-300/275,²⁷ tal vez con más tendencia a 325-275, al menos en lo que concierne a 2-D».

En la necrópolis de Ensérune puede comprobarse la aparición de **be-2a** en B.1.25, cuyo soporte consideraba (Ensérune 22: Rodríguez Ramos, 2004: 195 y 214) similar a la forma Morel 3521a4, concluyendo una datación de 345 ± 30 que posteriormente sería datada por Dubosse²⁸ en 350-325 a. C. Aparte de **be-2**, presentan posibles indicios de corresponder a una fase arcaica avanzada tanto la forma bastante asentada de **i** (pero no de **n**) como la de **e**, de solo dos trazos transversales.

Por su parte, la forma todavía más avanzada **be-2d** aparece también en la necrópolis de Ensérune en B.1.22, pieza con grafía algo atípica, no solo por el **be-2** triangular, sino por las formas achatadas, asentadas, de **i**, **n** y **u**. Por motivos paleográficos le proponía

las primeras. Mucho depende también en este caso de si las interpretamos como marcas de propiedad en vida o hechas para el ajuar funerario. Un aparente caso de perduración es el de Ensérune-56 (B.1.59) comentado sobre **ba** en Rodríguez Ramos (2004: 117), que sería el único caso claro (en otros la fragmentación es sospechosa) de **ba-2** en soporte del siglo IV a. C. La paleografía, con una **o** no arcaica (aunque clásica), una **i** totalmente asentada y, sobre todo, una **e** de dos trazos (muy rara o inexistente en el siglo IV a. C.; Rodríguez Ramos, 2004: 124), da cierta verosimilitud a que sea en realidad una inscripción del siglo III a. C.

²⁷ Naturalmente, el inicio del lapso es algo especulativo y sirve más bien para mostrar que no sería la forma originaria.

²⁸ Dubosse (2007: n.º 1881), citado en BDHesp HER.02.025 (consulta: 16/8/2021).

un lapso de 325-275 (Rodríguez Ramos, 2004: 213, Ensérune-19) y su soporte ha sido datado por Dubosse²⁹ en un concordante 325-300 a. C.

Naturalmente, todavía nos falta mucha documentación para poder establecer un esquema sólido de la evolución paleográfica del siglo IV a. C., pero cabe indicar que este modelo de ordenación lógica encuentra apoyos en la secuencia de producción cerámica y que es perfectamente posible que la forma **be-2d** se usara a inicios del siglo III a. C.

Desde el punto de vista arqueológico, el problema de la falta de datos del siglo III a. C. se relaciona con que el material cerámico fósil director de esta fase, protocampaniense, principalmente producciones de Rhode, que cubriría entre 300 y 225 a. C., ni permitía grandes precisiones ni estaba suficientemente estudiado. En esto la buena noticia es que se ha producido la tan ansiada revisión de Ensérune (Dubosse, 2007, y Ruiz Darasse, 2017)³⁰ y la tesis doctoral de Puig (2006) sobre la cerámica de Roses. Esto hubiese debido aclarar mucho, pero el problema es que Puig demuestra que esta producción perdura hasta el 200 (donde, eso sí, acaba bruscamente) y que Ruiz Darasse muestra que la mayoría de los grafitos de Ensérune aparecen precisamente sobre formas avanzadas, de la segunda mitad o incluso de finales del siglo III a. C. Es así que, cuando esperábamos una mayor claridad, al menos entre antes y después del 225, volvemos poco menos que al punto de partida.³¹

Uno de los problemas que esto supone es el qué hacer con formas como **a-4a** cuyo inicio situaba en el periodo 250-225 a. C. Si hacemos caso al número de ejemplares de cerámica de Roses identificados en que aparece, puede plantearse subir su momento de inicio a ca. 250 a. C., pero si tenemos en cuenta la relación con formas finales de la producción el argumento se relativiza. A su vez, respecto a la primera mitad del siglo III a. C. se repite la pregunta: ¿en ese periodo se escribía muy poco, o es que todavía se prefería usar para ello el material ático? El siglo III a. C. sigue siendo un gran problema. Permite una cronología relativa de los signos, pero solo aproximada en fechas.

²⁹ *Ibidem*, n.º 1894, citado en BDHesp HER.02.022 (consulta: 16/8/2021).

³⁰ En todo caso, extraña el que compare la revisión solo con las identificaciones obsoletas de los *MLH* (vol. II), obviando aportaciones posteriores (como Jully, 1983, o Rodríguez Ramos, 2004).

³¹ Así, para la innovación **l-2** sería pertinente que B.1.115 (Ensérune-111) no fuera una campaniense, sino una producción de Roses (forma Puig 18; Ruiz Darasse, 2017: 180), pero ya no podemos atribuir al soporte un pre-225, en especial al ser una forma típica del final de la producción.

En todo caso, la revisión del material de Ensérune permite, si no cambios revolucionarios, sí algunas precisiones.

B.1.27 la tenía catalogada (Rodríguez Ramos, 2004: 195 y 214; Ensérune-24) como Lamboglia 40 similar a Morel 3533a1, producción etrusquizante que coexiste con el taller de las pequeñas estampillas, e indicaba que podía ser ática o protocampaniense y la databa en 325-250 a. C. La pieza proviene de la necrópolis (pre-225) y es posible una amortización tardía; por sus innovaciones (**m̄-2a** y una forma dañada de **a-4**, quizás **a-4a**), me decantaba por una datación en 250-225 a. C. Sin embargo, Ruiz Darasse (2017: 181, n. 14) la incluye en la serie de soportes «à comprendre comme des céramiques attiques». Es una nota sospechosamente demasiado vaga para una pieza completa, y efectivamente, en el cuadro de la página 187 le añade un signo de interrogación,³² pero me permite revisar la discusión sobre el problema que esta pieza y B.1.15 suponían para la datación de **m̄-2a** (Rodríguez Ramos, 2004: 137 ss. y 195).

La pieza B.1.15 es otra Lamboglia 40 también de la necrópolis, muy similar a la 27. Es una ática similar a la forma del ágora de Atenas 704 y a Morel 3521a4, que fue datada por Jully (1983: 960, n.º 1415) en el periodo 325-300 a. C. Además de **m̄-2a**, presenta **a-3** con una variante que es casi **a-4** y un aparente **a-5a** que posiblemente se trate de una cacografía por la limitación de espacio, puesto que en el trozo de la secuencia donde hay espacio tenemos el casi **a-4**.³³ En mi análisis me decantaba por priorizar la cuestión de las amortizaciones tardías en la necrópolis, algo que se aplica muy bien en B.1.15, donde tenemos una inscripción griega y luego una ibérica borrada por otra superpuesta con un nombre distinto. Sin embargo, si se confirma que 1.27 y 1.15 son áticas, seguramente conviene revisar las fechas al alza y proponer para **m̄-2a**, como primera de las formas de la serie **m̄-2**, un inicio en el segundo cuarto del siglo III a. C. (pasando de post-250 a post-275 a. C.), y con alguna duda también para **a-4** (pasando de post-250 a post-275-250 a. C.), aunque en este caso hay que tener en cuenta que ambas son casi proto-**a-4**, intermedias entre **a-3a** y **a-4a**, en las que el trazo vertical es corto. Por ello es posible que para las formas realmente en R se mantenga un post-250 a. C.

³² En todo caso, lo que indica de que previamente se clasificaba como solo campaniense indeterminada no es correcto, y el que se diga esto de una Lamboglia 40 me plantea incluso si hay una confusión o una errata en el código.

³³ Algo coherente con la forma muy asentada de la u y la dimetría de **ś**, que resulta casi una **m** etrusca: la escritura es un tanto torpe.

Es interesante la identificación de B.1.172 (Ensérune-168) como producción de Roses. Aparte de **m̄-2** y **l-2**, tenemos **be-8**. Los dos primeros serían innovaciones del Neoibérico, fechados en el modelo como post-225 a. C.). Para **be-8** la datación propuesta en el modelo es «225/210-175, más bien 210-175, enfatizando la posterioridad respecto a BE-10 y BE-9», observación que sigue un criterio evolutivo, por lo que deja abierto el lapso de coexistencia. Pero sobre la datación de **be-8** ya indicaba (Rodríguez Ramos, 2004: 112 ss.) que es problemática, al basarse más en indicios que en pruebas, en especial el criterio de co-presencia: con qué signos aparece (casi siempre con **l-2**, pero se asocia a formas de ca. 200 como **ki-3**) y con cuáles no (la serie de innovaciones de post-150 y signos de post-175 a. C. como **bi-1** y **bo-3**). Naturalmente, por la nueva datación de la producción de Roses, el post-210 a. C. propuesto sigue siendo técnicamente posible, pero reivindica el periodo 225-175.

En otros casos las revisiones arqueológicas ratifican la consistencia del análisis paleográfico. Así, la de Ruiz Darasse (2017: 182), que la clasifica como campaniense A, confirma lo sospechado para **be-8** en B.1.233 (Ensérune-229; Rodríguez Ramos, 2004: 112 y 214), que tanto por esta forma como por la de **e** y **te** no sería una campaniense B. También se resuelve la dificultad observada en B.1.333 (Ensérune-328), que había sido publicada como ánfora itálica pero que presentaba una paleografía más propia del siglo III a. C. (en especial **a-3** e **i-2**, pero también el aparente uso del sistema dual). Efectivamente, ha resultado ser un ánfora massaliota con un tipo de borde que apunta al periodo 325/310-200 a. C. (Ugolini y Olive, 2004: 43 y 47, fig. 67, n.º 2).³⁴ Dada la presencia de **m̄-2a**, se le puede proponer una datación del 275 al 200 a. C.

Esto es solo una muestra de las dificultades que conlleva precisar el momento de algunos cambios en épocas poco documentadas, en el sentido de que faltan materiales que se puedan adscribir a ellas con precisión.

Más interesantes, así como directamente relevantes para nuestra exposición, son los nuevos datos

³⁴ La paginación se corresponde con la separata <<https://univ-amu.academia.edu/UgoliniDaniela>> publicada por Ugolini, que difiere de la versión en papel. En la base de datos Dicocer (http://dicocer.cnrs.fr/type/view?indexation=A-MAS_A-MAS+bd8), aunque la inmensa mayoría de los casos coincide con esa datación, se prolonga el final del lapso de uso del borde tipo 8 hasta el 150 a. C.; el yacimiento crítico al respecto parece ser La Marduel (dos casos del periodo 175-125 a. C.). Pero, al tratarse de una producción industrial, y ser tan grande la muestra, resulta muy sospechoso que sea el único caso que vaya más allá de inicios del siglo II a. C.

sobre el fin del uso de la forma originaria, curvada, de **ba** (**ba-1**) y su sustitución por la barra vertical de **ba-2**. En general, el momento de cambio se produce en el siglo III a. C., y el testimonio principal es el plomo de Palamós (C.4.1; Palamós-01, Rodríguez Ramos, 2004: 147 ss., 181 y 158, fig. 17), para el que se ha propuesto un contexto arqueológico de la primera mitad del siglo III a. C. Este presenta una forma media de **be** (**be-9**) y muestra tanto formas rectas como curvadas de **ba**. En los soportes del siglo IV a. C. no aparece **ba-2**,³⁵ mientras que en los de la segunda mitad del III a. C. no lo haría **ba-1**. Así pues, Palamós se presenta como el momento de transición, que puede situarse en un ca. 275 a. C. por más que, si tenemos en cuenta la sospecha de que **be-2** se usara todavía a principios del siglo III a. C., podríamos sugerir más bien el segundo cuarto de siglo.

Pero he aquí que aparece el plomo de Olriols (HU.03.01; Ferrer y Garcés, 2005), donde encontramos un **ba** muy curvado, casi con forma C, en una inscripción sin indicio alguno de uso del sistema dual, con utilización de la forma **be-11** y de los signos idiosincrásicos en forma de espiga (como en **sesars** / **suisars**) y **ke** tumbado (como en **bolśken**). De acuerdo con el modelo paleográfico, habría que datarlo en la fase transicional 210/200-180 a. C.

La única duda real es si se trata del testimonio de una perduración de **ba-1**, que no es completamente desplazado por **ba-2**, o si es una reinención de **ba-1**, tal vez coadyuvada por el hueco formal que deja **ke** al inclinarse. En principio, una perduración local resulta más probable, por más que el que la forma sea tan curvada apunta a lo segundo.³⁶ Es incluso muy verosímil que esta misma forma se encuentre en la ceca de Granada, donde, en vez de **ilturiñ** : **keñtin**, la lectura **bañtin** sustituye un término oscuro por una filiación bastetana (Rodríguez Ramos, 2014: 156).³⁷ Esto sugiere que la zona de origen tanto de la escritura en Huesca como de la *intrusión* levantina en Granada sería la misma, puesto que los posibles casos de **ba**

curvado tardíos son tan pocos que parece un uso muy excepcional.

Se interprete como una perduración arcaizante (lo más sencillo) o como una recreación curvada desde el **ba** moderno (hipótesis no carente de ventajas), este rasgo resalta el carácter idiosincrásico y arcaizante del plomo de Olriols. Y con esto pasamos a analizar las inscripciones pirenaicas del interior.

EL CONJUNTO EPIGRÁFICO ARCAIZANTE

Las inscripciones rupestres de la Cerdaña

Aunque hay muchas inscripciones rupestres de la Cerdaña cuya edición es poco fiable, gracias a la ímproba revisión llevada a cabo por Ferrer disponemos de una muestra adecuada. En estas inscripciones pueden distinguirse claramente dos grupos paleográficos.

El primero se caracteriza por la presencia del **be** transicional **be-11** y en él pueden incluirse las inscripciones PYO.07.01, PYO.07.03, PYO.07.04, PYO.07.10 y PYO.07.16,³⁸ y PYO.03.09, PYO.05.05 y GI.01.01c. Aparte de **be-11**, sus rasgos más propios son la forma clásica **ti-1a** y las formas típicamente duales de **ta** y de **ti-1b** y **te-3a**, mientras que le son típicas las formas arcaicas de **e** (con tres o cuatro trazos transversales ascendientes), **s** (tipos **s-4** y **5**) y **r-2**. Es probable que a este grupo haya que adscribir otras inscripciones como PYO.07.06, PYO.07.07, PYO.07.09, PYO.07.11, PYO.07.13, PYO.07.17, PYO.07.22, PYO.07.40, PYO.03.04, PYO.04.01 y GI.03.01. De ser así, lo más significativo es que les correspondería la forma de **ke** tumbada (PYO.07.11 y PYO.07.13).

Un aspecto relevante de este grupo es que no solo en sus inscripciones extensas parece usarse el sistema dual de forma aparentemente coherente,³⁹ sino

³⁵ Sobre cerámica ática hay algún caso en el que podríamos tener **ba-2**, pero sospechosamente se trata de inscripciones muy dañadas, sin signos enteros, y caben dudas. Veremos si en el futuro hay que adelantar la aparición de los primeros casos.

³⁶ Esta recreación, probablemente por error, es en cambio la explicación más verosímil para el hecho de que en algunos ejemplares de la ceca celtibérica **kontebakom** aparezca un **ba-1**.

³⁷ Posible es también su aparición en Liria (F.13.7 **hami-ekiar**), como defienden Ferrer y Escrivà (2015: 148), aunque resulta erróneo afirmar que en los **MLH** el primer signo solo se lee **ke**, puesto que precisamente Untermann señala que es posible que en realidad se trate de **ba**, argumentando que como **ke** esa forma no se usa en Liria.

³⁸ Destaca que estas de Osséja tienen, además, una grafía muy similar entre sí, lo que en menor medida parece ser también el caso en el segundo grupo. Esta idiosincrasia podría argüirse en contra de la idea de que las rupestres de la Cerdaña sean inscripciones de viajeros, por más que yo mantendría que al menos una parte sí tienen relación.

³⁹ En contra de la creencia extendida, el uso de la notación dual solo está aceptablemente aclarado para las inscripciones de la costa desde el sur de Francia hasta el Ebro. Es razonable asumir que el mismo sistema se usara en la Cerdaña, pero posiblemente habrá que volver a evaluarlo cuando haya un mayor testimonio. Por el contrario, se ha de ser muy crítico con la aceptación *de facto* de que en la zona edetana se usaba el mismo sistema. No hay problema en que se apunte como conjetura o hipótesis (es posible que al final todo se reduzca a algunas diferencias fonéticas

que incluso en las demasiado breves para evaluar con claridad se tiene la misma impresión. Es decir, no se aprecia un uso no dual de este estilo paleográfico.

El segundo grupo se caracterizaría por la utilización de la forma tardía de **ti**, **ti-3a**, y de la de **e** con dos trazos transversales unidos. En este no se documentan muchos casos de **be**, pero parece usar **be-7**.⁴⁰ Típica del mismo es la aparición de formas de signos más modernas, como la **a-5a** y posiblemente incluso **a-5b**, la **e** de dos trazos (no unidos), **s-1** o la forma normal de **r** (**r-1**), y el uso de formas asentadas de **n**, **l**, **i** y **u**, así como el de **ř** (**ř-2b**) junto con la casi asentada **ř-3b**. Aparte de la **e** de trazos unidos, merecen reseñarse dos desarrollos peculiares: el **ku** con un trazo central (en vez de un punto) y la **te** romboidal con un único trazo diametral en sentido vertical. Este trasunto romboidal de **te-1** (que llamaré **te-4c**) puede haber sido desarrollado precisamente para evitar confusiones con el **ku** de trazo central. A este grupo pueden adscribirse PYO.07.14, PYO.07.21, PYO.07.26, PYO.07.30, PYO.07.41,⁴¹ PYO.07.45, PYO.07.46, PYO.03.01, PYO.05.01a, GI.01.03 y GI.02.02. Quizás pueda integrarse también B.08.01.

Aparte de estos dos claros grupos, hay unas pocas inscripciones que presentan asociaciones de signos atípicas y por ello merecen especial atención. Se trata de inscripciones con formas de signos que en el conjunto del íbero levantino desaparecen a lo largo de la primera mitad del siglo II a. C., o incluso en su primer cuarto, tales como la **e** de más de dos trazos transversales, las **s** complejas (que no son las sencillas **s-1** y **s-2**) y **r-2**.⁴² Relevantes al respecto son tam-

dialectales), pero da una imagen muy pobre el que se acepte a falta de que se presente una argumentación que lo defienda (ausencia que tras tantos años ha de considerarse significativa) mientras se opta por olvidar los contraargumentos que sí se han publicado e incluso siguen aumentando (cf. Rodríguez Ramos, 2018: 192, n. 8). Por desgracia, la aceptación de propuestas parece depender de quién las firme, tanto para lo nuevo como para el rescate de ideas a las que, en pluma de otros, nadie presta atención. A menudo no se ve más criterio propio de aceptación que el seguir la moda para quedar bien, al más puro estilo del nuevo traje del emperador.

⁴⁰ PYO.05.01, pese al dibujo. Es posible que se use también **be-6**, pero en GI.02.02 es indeterminable y en B.08.01 su identificación no resulta clara; geográficamente, queda algo distante de la zona, y tiene dos rasgos que aconsejan diferenciarlo: su **s** y el uso de **te-4b**. Ahora bien, merece ser tenida en cuenta porque su **s**, especie de **s-1** invertida, recuerda las formas de algunas cecas *vasconas*.

⁴¹ En esta quizás sea preferible entender el penúltimo signo, en vez de **bi**, como una forma **ka** verticalizada similar a las de L.17.01, GI.02.02 o B.08.01, en tanto que la lectura resultante, **tiuka**, tiene buenos paralelos.

⁴² El modelo paleográfico considera solo probable que las formas complejas de **e** desaparezcan antes del 175 a. C., y solo

bién las que presentan las formas R-oides y B-oides, cuya identificación como variantes de **r** ha quedado clara.⁴³ Nominaré **r-3** a las B-oides y **r-4** a las R-oides (**r-4a** al signo con forma R, **r-4b** a su forma especular hacia la izquierda).

En este contexto podemos considerar copresencia atípica la de **e** arcaica de tres trazos junto con **be-7** (post-190/175 a. C.) en PYO.03.01, pero sobre todo los casos en que signos arcaicos coinciden con **ti-3**: **e** de tres trazos en PYO.05.01c, **r-2** y **s-4** en PYO.05.03 y **s-5** en PYO.05.04.⁴⁴ Por su parte, coinciden con una especie de **te-1** las variantes **r-3** y **r-4** en las repeticiones de **karte** de GI.01.03c y GI.01.03d.

El testimonio de estas asociaciones irregulares no es realmente tan excepcional. Para empezar, la forma **te-1**, a diferencia de su semejante circular **te-2**, sí se documenta tras el 150 a. C., por más que como poco frecuente (325/300 – 50 a. C., en Rodríguez Ramos, 2004: 134; cf. *ibidem*, 2000: 49 ss.). Por otra parte, incluso entendiendo que **r-4** sea una derivación de **r-3** (y, por ende, posterior), e intuyendo cierta inspiración de la forma latina, no hay suficientes datos como para suponer que el inicio de su uso sea muy tardío.

Tampoco es forzosamente problemática la coexistencia de **be-7** con la **e** de tres trazos, puesto que el momento inicial de **be-7** (una simplificación de **be-11**) estaría hacia el 190-175 a. C., mientras que el final de las **e** arcaicas hacia el 175 a. C. es solo considerado como indiciario.⁴⁵ Es decir, tanto una datación en el

como indicio que suele dar buenos resultados (Rodríguez Ramos, 2004: 123). Sobre las formas complejas de **s**, **s-3** y **s-4**, serían pre-150 a. C., mientras que **s-5** quizás desapareciera algo antes (pre-175/150 a. C., preferiblemente pre-175 a. C.), si bien se indica el uso de **s-4** en el «signario arcaizante oscense» (Rodríguez Ramos, 2004: 133). Ello por no hablar de su aparición muy minoritaria en Azaila (**s-3** en E.1.337, **s-4** en E.1.67), que se relacionaría con la otra zona arcaizante (turolense); en todo caso, numéricamente pueden considerarse residuales. Para **r-2** el modelo también considera que su uso sería pre-175 a. C. (Rodríguez Ramos, 2004: 129).

⁴³ A partir de tres nuevas inscripciones de Vilademuls donde formas B-oides ocupan claramente la posición contextual de **r** y que Ferrer y Sánchez (2017) relacionan con el origen de la R-oides de la ceca de arsaos, la aparición de sendas variantes en el **karte** rupestre no hace sino reforzar esta propuesta.

⁴⁴ Parece significativo que ambos casos sean ocurrencias de **tiukas**.

⁴⁵ Rodríguez Ramos (2000: 48). La cuestión de si **be-7** se inicia ya en el primer cuarto del siglo II a. C. depende de lo discutido en Rodríguez Ramos (2004: 113) sobre su asociación minoritaria con las formas **s-3**, **s-4**, **te-2** y **bi-5a** en el plomo de El Solaig F.7.1 (Rodríguez Ramos, 2004: 153, n.º 16). Es decir, de si finalmente podemos concretar el fin del uso de estos signos en ca. 175 a. C. o pre-150 a. C. Actualmente, el modelo se inclina por contemplar su supervivencia dentro del segundo cuarto de siglo.

GRUPO 1: OSSÉJA	GRUPO 1: OTROS		GRUPO 2: OSSÉJA	GRUPO 2: OTROS
		be		
		ti		
		e		
		r		
		s		
		a		
		i		
		n		
		l		
		u		
		ř		
		ku		
		te		

Fig. 3. Principales rasgos de cotejo entre los grupos 1 y 2 de la Cerdaña.

periodo 190-175 a. C. como la alternativa en el 175-150 a. C. son técnicamente defendibles sin apartarse del modelo original.

Sin embargo, la cuestión de **ti-3** tiene más enjundia, pues es un signo considerado post-150 a. C. pero cuyo testimonio crítico lo constituyen los *dipinti* de las ánforas de Vieille-Toulouse, datables en 175-150/140 a. C. o 170-140/130 a. C.⁴⁶ Incluso aunque las consideráramos previas al 150 a. C. (lo que no es evidente), el conocido hecho de que las grafías en inscripciones pintadas suelen ser más innovadoras con las formas de los signos permitiría sugerir que se trata de un origen de la forma previa a su adopción en inscripciones incisas. Pero en este caso sí que entran en colisión sus apariciones rupestres con formas complejas de **s** y, en especial, con **r-2**.

Una opción posible es adelantar el inicio de **ti-3**, relacionándolo con Vieille-Toulouse como una innovación local que posteriormente se extiende, y retrasar ligeramente el final de **r-2**. Es decir, estas ocurrencias atípicas de signos en las inscripciones rupestres de la Cerdaña podrían incorporarse con mínimas reformas al conjunto general; no en vano son infrecuentes incluso dentro del propio grupo. Ello no obstante, parece preferible relacionarlas con la supervivencia de arcaísmos hace tiempo señalada para esta zona y en la que abundaremos a continuación.

El grupo **be-11** del interior

Lo planteado en el modelo paleográfico sobre **be-11** (Rodríguez Ramos, 1997a: 15; 2004: 111 ss. y 230), que apunta a una datación en el periodo 210/200-180/175 a. C., puede mantenerse tras los nuevos hallazgos para la zona costera sin apenas cambios. Su uso se documenta en un espacio restringido, pues aparece sobre todo al sur del Ebro y no más al norte de Barcelona.⁴⁷ Es importante notar que no parece una forma frecuente y que incluso en zonas donde conocemos una secuencia documental amplia (como Liria) resulta minoritario.

Un porcentaje de casos costeros respetable permite su datación coincidiendo con la fase de *pacificación* romana, entre el 210/200 y el 180 a. C. No

sería imposible extenderla un poco más,⁴⁸ pero el hecho de no haberse documentado en inscripciones de pleno siglo II a. C. parece significativo. Esta datación se ve apoyada por los casos recientes de Puig Castellar (B.40.03), que Moncunill y Morell (2008: 245) relacionan con una fase del poblado de fines del siglo III – primer cuarto del II a. C., o de La Palma (Nova Classis), que guarda relación con el campamento romano desde el que salieron las tropas para asaltar Cartago Nova en 209 a. C. (Ferrer, 2014: 18 y 28). Esto apoyaría el inicio del uso del signo en 210, o incluso algo antes, si bien en el yacimiento aparecieron también restos del siglo II a. C. y es obvio que, como base logística, no debió de abandonarse inmediatamente. Datación similar tendría su derivado sin apertura **be-13**, del que hay que notar que no siempre es fácil diferenciarlo de **be-11**.

En cambio, si ya en su momento era sospechoso el elevado porcentaje de casos de **be-11/13** que provenían de Osséja (cuatro frente a siete u ocho), los subsiguientes hallazgos han incrementado todavía más la notoria desproporción a favor de la zona interior. A los ya ocho casos documentados en la Cerdaña seguramente haya que añadir el **be-13** de Roda de Ter (D.3.1), en el interior de la provincia de Barcelona.⁴⁹ Más al interior tenemos el grafito de Tornabous (L.15.02) y una serie de recientes hallazgos en lámina de metal en los que, cuando se documenta **be**, este es **be-11**. Son cinco: tres en Lérida (dos en Monteró, L.01.02 y L.01.03; uno en Tosal del Mor, L.17.01), otro en Huesca (Olriols, HU.03.01) y otro cerca de Pamplona (Aranguren, NA.05.01).⁵⁰

Estas láminas (incluyendo L.01.01 de Monteró, donde **be** no se documenta), las cinco sobre plomo, presentan signos de tipo arcaizante: **s-3**, **s-4** y **s-5**, **te-2** y **te-3**, **r-2**, **bo-2**, **bi-5** y **ko** con barra central. Respecto a **e**, tenemos tanto el arcaico de tres trazos (L.01.01 y L.01.03) como el más moderno de dos (L.01.02 y L.17.01). Merece observarse que el ejemplar de Olriols (HU.03.01) no solo es el que más similitudes muestra con las letras especiales de las llamadas *cecas vasconas* (**ke** tumbado y signo de espiga), sino que se advierte en él el mencionado caso de **ba-1** en forma de **C**. Por su parte, el navarro, aparte de un

⁴⁶ Véase la discusión en Rodríguez Ramos (2004: 201 ss.).

⁴⁷ En principio, podría incluirse un caso del sur de Francia sobre cerámica de Roses (B.I.182), pero los signos están fragmentados. Solo se ha publicado un dibujo, el supuesto **ti**, que sería clave para determinar la dirección del signo, pero es una forma que no se corresponde con la cronología de la pieza y según Untermann tiene un trazado muy irregular. Por consiguiente, no puede descartarse que se trate de **be-10** o incluso de **a-4b**.

⁴⁸ El quid de la cuestión está en el momento final de Liria. Lo conocido por las fuentes escritas hace improbable encajar semejante destrucción después del 180/175 a. C.

⁴⁹ El signo podría ser **be-11**, pues, como indica Maluquer (1976), la edición es «totalmente provisional» por haberse hecho en una breve visita.

⁵⁰ Esta inscripción se publicó en 1993, pero ilustrada solo con unas pésimas fotografías inservibles.

	L.01.02 plomo	L.01.03 plomo	L.17.01 plomo	HU.03.01 plomo	NA.05.01 bronce	L.01.01 plomo	L.15.02 grafito
be							
e							
s							
r							
ti							
ke							
te							
ba							
bi							
otros							

Fig. 4. Principales rasgos del grupo interior be-11 ampliado.

posible pero cuestionable *ta* arcaizante,⁵¹ presenta formas no arcaicas, como *s-1* y la *e* de dos trazos, pero especialmente el *ti-4*. Con todo, esto no es más que una llamativa cuestión de estilo diferente del resto del conjunto, puesto que incluso la más moderna de estas formas empezaría hacia el 200 a. C. o como muy tarde hacia el 175 a. C.

A nivel arqueológico, hay que lamentar que la mayoría de estas piezas procede de rebuscas ilegales, de modo que como mucho pueden asociarse a un yacimiento, y este suele tener una cronología demasiado amplia. En el caso de Aranguren, podría relacionarse con lo que ha sido identificado como un pequeño campamento militar romano, operativo al menos durante las guerras sertorianas (Armendáriz, 2005); aparece en la zona material datable en el primer tercio del siglo I a. C. del que lo más precisable es la munición, de entre 76 y 74 a. C. Técnicamente, no es imposible que acabe encontrándose material más antiguo en Aranguren y no es segura la relación con el campamento, pero en principio parece razonable asociar esta inscripción con la facies 125/100-75 a. C. (e incluso sospechar una relación directa con los suministros del campamento y, por ende, 76-75 a. C.). Si el primer signo de la secuencia *beltine* es, como parece, efectivamente *be*,⁵² este sería un dato muy importante.

Más sólida es la cronología de L.01.03, puesto que procede de una habitación almacén del yacimiento Monteró-1, identificado como la sede de una guarnición con una breve ocupación aproximadamente entre 133/125-75 a. C. (Camañes *et alii*, 2010: 236 ss.; Principal *et alii*, 2015: 314 y 318),⁵³ que es claramente posterior a lo que el modelo paleográfico indicaría.⁵⁴

⁵¹ Pues de hecho, excepcionalmente en época tardía, puede aparecer usado para *bo* (La Joncosa, BDHesp B.11.01).

⁵² El punteado hace este signo especialmente confuso y se observa que la barra vertical encaja o *continúa* la del signo superior, pero, aunque esto pudiera plantear dudas, no se aprecia interpretación alternativa mejor que *be*.

⁵³ Ferrer (2015: 335) escribe que «esta cronología debería ser interpretada como una cronología *ante quem* para este plomo, puesto que pertenecía al pavimento de la estancia 12, no al nivel de uso», pero esto no es en absoluto lo que afirman sus excavadores al editarlo en la referencia que él mismo da. Ahí es descrito como un almacén de objetos, y el plomo, parte de los objetos que había almacenados, no como relleno del pavimento. Tampoco es correcta la afirmación de que Camañes *et alii* (2010: 236) indican que en la superficie había materiales más antiguos, sino que plantean justo lo contrario. Lo más extraño de este error de referencia es que contradice lo indicado en Ferrer y Garcés (2013: 108).

⁵⁴ Como aprecia Sabaté (2016: 45 ss.), que propone un pre-175 a. C. e indica que parece algo más antiguo que los otros de

Garcés (2020: 468) aprecia la discrepancia entre la datación arqueológica y la más antigua paleográfica y sugiere «la possibilitat d'una vella recuperació per al reciclatge del metall».⁵⁵ Naturalmente, la hipótesis de que estuviese en el almacén como metal para ser reaprovechado no es imposible; que tenga tres textos con borrados sí indica un uso previo y el fragmento que lo acompaña sí que se interpreta como materia prima para subsiguientes trabajos. Sin embargo, incluso así parece más sistemático plantearlo como no muy anterior. Por otra parte, también puede interpretarse como que ambos son *papeles para notas* relacionados con el movimiento del almacén; uno usado varias veces, otro por usar. En esto la pregunta sería si realmente es necesaria una explicación especial que justifique un uso muy anterior. El que concuerde con otros indicios de usos arcaizantes sugiere que no.

Otro aspecto paleográfico para este grupo de inscripciones sería el uso o no de notación dual. Por desgracia, pese a algunas afirmaciones optimistas, los datos no son concluyentes. Yo me inclinaría por considerar dual L.17.01 (en especial, por la forma de *ko*),⁵⁶ pero, al carecer de cronología, su consideración aporta poco. Sabaté lo plantea para el texto a de L.01.03, lo que sería mucho más interesante a la hora de considerar una perduración de algún tipo de notación dual, pero, aunque su observación sobre la forma del *ka* de *sakař* es un buen argumento, tampoco es incontrovertible. Por el contrario, en el texto b2 del mismo plomo la forma para *iunstir* aboga contra un uso dual.

De este modo, parece que hay que diferir la decisión de si dentro de los rasgos arcaizantes de la zona pirenaica hay que incluir algún sistema dual. Es posible, incluso muy plausible si tenemos en cuenta que tendría la ventaja de resolver la extraña dicotomía observada en las rupestres, pero faltan datos.⁵⁷

Monteró. En parte, influye la evaluación de que al menos el tercer texto sería dual. Argumenta correctamente la forma de *ka* y resulta muy oportuna su crítica a la facilidad con que se concluye el uso del sistema dual en los textos al menor indicio.

⁵⁵ La idea de que fuese un material más antiguo almacenado para reaprovechar el plomo se encuentra ya en Ferrer y Garcés (2013: 108). Merece indicarse que ya contemplan la alternativa de que «si la cronología estratigráfica del darrer plom de Monteró correspon al moment de la realització del darrer text, aleshores es podria pensar en una escola epigráfica local de tipus arcaizant».

⁵⁶ También Ferrer y Garcés (2013: 111).

⁵⁷ Con todo, obsérvese que no parecen duales las dos inscripciones monumentales de Binéfar (D.12.1 y 2), donde, si bien es cierto que aparece *be-7* y no *be-11*, por su uso de *s-3* y un *ti-2* de aspecto sospechosamente edetano o son antiguas (pre-175 a. C.) o son arcaizantes. Más problemático es el caso de L.00.01, con una

Las llamadas *cecas vasconas*

Es interesante el testimonio monetario tanto por su paleografía especial como por su pervivencia hasta incluso el siglo I a. C. Por desgracia, la información que proporciona es muy reducida, pues deja muchos signos sin documentar que no podemos precisar si eran normales o singulares. Tampoco conocemos si todas las cecas de signos singulares del sector usaban un signario similar. Lo que parece claro es que, independientemente del criterio que se use para definir un conjunto de cecas vasconas (y el de la calificación por Ptolomeo es muy endeble), paleográficamente no forman un grupo homogéneo.

Un aspecto llamativo de las cecas llamadas *vasconas* es que por sus textos pueden dividirse en dos grupos mayoritarios: uno muestra una terminación en *s*, como si fuese (o siendo) la misma terminación del ablativo de las monedas celtibéricas;⁵⁸ el otro presenta finales en *-n*, como si fuesen los de un genitivo íbero.⁵⁹ Lo curioso paleográficamente en las acabadas con *s* es su uso de una *s-1* invertida, poco habitual en íbero pero igual a la del bronce celtibérico Res (K.00.14). Comoquiera que dicho bronce también es un ejemplo de *ke* tumbada, este fenómeno deja abierta para el futuro la cuestión de su posible origen común.

Paleográficamente, estas cecas que acaban en *s-1* invertida parecen ser de un grupo diferente y más innovador.⁶⁰ En principio, las separaría del grupo arcaizante pirenaico propiamente dicho. Respecto a las arcaizantes, con los datos actuales (cada leyenda

datación paleográfica del periodo 275/250-175 (Rodríguez Ramos, 2004: 220), que podría interpretarse sin problemas como dual de no ser por la forma de *ti* en *iumstir*. En este caso, dado el porcentaje de aspectos concordantes, me inclinaría por sospechar que sí que es dual, pero el dato sirve de poco al no tener ni cronología ni más procedencia que una muy vaga y supuesta (zona Ebro – Segre, en territorio ilergeta) que Untermann (1989) afirma creer pero no explica.

⁵⁸ En especial las acabadas en *-es*. Naturalmente, los vasco-iberistas puros están invitados a considerar la alternativa de un instrumental.

⁵⁹ En todo caso, no un locativo vasco, como se suele repetir con excesiva convicción a partir de una antigua tímida sugerencia de Caro Baroja. Las monedas no usan marcas tipo *made in China*, pues no interesa el lugar de producción, sino la autoridad que las emite y se responsabiliza de su valor y su patrón.

⁶⁰ No hay lugar para profundizar en la cuestión pero, aparte de poder corresponder a un inicio más tardío de emisión (en una época donde otras prefieren mantener la caligrafía original), algunas serían simplemente celtibéricas. La aparición de *be-7* y *6* en la ceca de *bentian* y en la de *bařškunes* se corresponde con emisiones tardías del siglo I a. C. Más interés tiene la aparición de una *e* de tres trazos en el *etaon* de *arsakios*.

incluye muy poca muestra) cuesta definir un grupo unitario. Desde un punto de vista de mínimos, las que pueden incluirse en este estudio, como más *interesantes*, son *bolřken*, *řsars*, *tiřsos*, *arsaos* (pese a usar *s-1*) y *uTanba/ate* (con dudas por *oTtikes*).

Reviste interés secundario la ceca de *iltiřta*, pese a que por su antiguo inicio debiera ser crucial, pues no proporciona información útil al no documentar signos clave como *e*, *s*, *be* o *ke*. Pero este mismo problema, el que la muestra sea tan reducida, no hace sino remarcar la importancia de las singularidades que pese a ella sí encontramos en otras cecas y que quizás solo fuesen la punta del iceberg. Las más significativas de estas singularidades son la *r R*-oide, la *s* arcaica, el *ke* tumbado⁶¹ y el signo en forma de espiga.

Sobre este último, tradicionalmente leído *e* en *řsars* pero que es plausible entender como un nexa leyendo *řuesars* o *řuisars*, como en «ciudad susses-tana»,⁶² no hay todavía una solución razonable, por más que sí alguna posibilidad nueva. El problema es que es casi imposible que el signo tenga en todas las regiones el mismo valor (dado que en el sur de Francia es un alomorfo de *bo*⁶³ y una lectura *sbosars* resulta problemática) y que en algunas ocasiones posiblemente no es más que un dibujo.⁶⁴ Recientemente, Ferrer (2015: 333)⁶⁵ ha planteado que fuese un derivado de la *u* marcada edetana, invirtiendo la forma, lo que podría intentar relacionarse con la lectura *ui*. Con todo, su aparición en HU.03.01 es un indicio a favor de que no sea un nexa, reivindicando la lectura *e* (la interpretación más plausible en su contexto, por más que no es descartable *u*), que, de hecho, podría relacionarse con la *e* algo irregular de L.15.02.

⁶¹ Sobre la lectura de *bolřken*, véase Rodríguez Ramos (1997b), en especial la diferencia con el *ka* de *iaka*.

⁶² La lectura *řuisars* es preferible a la de Villaronga *řuesars* si nos atenemos a una ortografía íbera.

⁶³ Parece una simple evolución morfológica desde el *bo* normal. El único caso francés donde sería tentador leer *u* (por *w*) es B.1.294, pero aquí merece atención la comparación que hace Untermann (2014: 21) de su lectura como *labois* con *labeis*, paralela a la de *ebosir* con *ebasir*.

⁶⁴ Formas *espiga* son habituales en diversas epigrafías mediterráneas, en especial sobre contenedores, tal vez indicando el contenido.

⁶⁵ «Quizás el signo espiga fuera en origen una *u* marcada que habría adquirido carácter propio con un valor relacionado con *u*, pero ya no de la misma forma que en las dualidades canónicas».

bolśken / bon	✱IMAM ✱M
arsaos / on	DASDHS HM
u?anba ate /etaon	↑TPMI PΦ EXHM
s?sars	ξψξ PDS
tirsos	Υϕξ Hξ

Fig. 5. Cecas *vasconas* de signario claramente arcaizante.

La fase urbanizadora de fines del siglo II a. C.

Hemos citado al principio la dificultad que existe para relacionar inscripciones con algunas décadas concretas y los problemas que ello conlleva. A finales del siglo II a. C. se produce un potente proceso urbanizador (estimulado por el final de las guerras celtibéricas),⁶⁶ con una creación de nuevos asentamientos que permiten fijar un claro *post quem*, información que a veces puede completarse con los *rastros* del conflicto sertoriano como *ante quem*.

Lo curioso es que aquí se produce un fenómeno que recuerda la dicotomía observada en las inscripciones rupestres, donde una grafía arcaica y quizás dual solo contrasta con otro conjunto con un extraño predominio de formas tardías como *ti-3*. Tanto en las nuevas fundaciones como en los materiales datables tardíos (como campaniense B y similares) encontramos el mismo perfil iberorromano que en las zonas costeras: Ieso (Pera, 2003), Solsona (D.5), el ánfora grecoitalica de la Fogonussa (L.16.01)⁶⁷ o las diversas zonas excavadas de Ilerda (Garcés y Sabaté, 2017), junto con materiales datables de Sorba (D.4) o la estela de Fraga (D.10.1). Puede sospecharse que precisamente el fenómeno urbanizador y los movimientos demográficos que comportó coadyuvaran a una estandarización epigráfica, desplazando a las formas arcaizantes.

⁶⁶ Cf. Principal *et alii* (2015: 314).

⁶⁷ Este caso, al ser un contenedor, podría tener un origen costero, pero resulta interesante para documentar el momento de uso de *ti-3* al ser identificada (Garcés y Torres, 2011: 47) como una de las últimas producciones greco-italicas, para la que se propone una datación en el periodo 140/130-120/110 a. C., que indica su similitud con las piezas del campamento romano de Numancia (133 a. C.).

Donde encontraríamos presencia moderna de formas arcaizantes es, como hemos comentado, en el yacimiento de Monteró-01 (L.01.03). Con todo, precisamente allí se localizan otras dos piezas con grafía más moderna: una marca *i* sobre campaniense B (Ferrer *et alii*, 2009: 129; no en BDHesp), con una *i* muy asentada e inclinada,⁶⁸ y un fragmento de Calena (L.01.04) con un *be-6*.⁶⁹ Puede especularse sobre si la diferencia es que es un pequeño hábitat militar en vez de uno urbano, sobre si constituye una fase de coexistencia o si refleja el momento de transición (donde, si aceptamos dicho plomo como material reciclado, podría ser incluso ligeramente anterior al yacimiento).

CONCLUYENDO

Aunque los datos no son incontrovertibles, sí que hay muy buenos motivos para interpretar el conjunto de inscripciones de *be-11* como un indicador de la pervivencia de un estilo paleográfico arcaico que podría ir desde Lérida, o incluso el interior de la provincia de Barcelona, hasta Navarra.

Tenemos, en primer lugar, lo ya señalado en Rodríguez Ramos (1997a: 14; 2000: 53): la existencia de signos atípicos y especiales en las cecas monetales llamadas *vasconas*, alguno de los cuales aparecía en las inscripciones rupestres de la Cerdaña conocidas en ese momento. La pervivencia del uso de letras arcaizantes es incontrovertible en las cecas monetales.

En segundo lugar, tenemos la excesiva presencia de la forma *be-11* en las inscripciones de esta zona y en las mencionadas rupestres respecto a su uso en la zona costera. Excesiva incluso planteando una sobrerrepresentación de plomos en las fases de destrucción, tanto porque esperaríamos que más formas de *be* se asociasen a ese fenómeno, no solo *be-11*, como porque no se observa una relación con yacimientos destruidos en esa época.

Más definitorios son, en tercer lugar, el bronce de Aranguren y el plomo de Monteró (L.01.03). Que L.01.03 corresponda a una amortización como materia prima de un plomo anterior técnicamente no es imposible, pero en principio debe primar la cronología arqueológica y solo buscar una excepción ante un buen motivo. En este caso, al coincidir con los otros

⁶⁸ Aunque esto solo es un indicio de modernidad, coherente con una datación tardía pero no incompatible con otras anteriores.

⁶⁹ Merece comentarse el trazo interno de *be* que sus editores (Ferrer *et alii*, 2009: 130) parecen considerar casual pero que en la fotografía se muestra bien trazado. ¿Un atavismo de *be-11*?

indicios a favor de una perduración de grafías arcaizantes, es dudoso que sea necesaria. Por otra parte, estaríamos hablando de un reciclaje de un material de entre cincuenta y cien años de antigüedad, lo que no se corresponde bien con un plomo. Por ello es improbable datarlo antes del 150 a. C. Finalmente, tanto la ubicación geográfica del bronce de Aranguren como su técnica de escritura y el soporte sugieren una datación tardía, que concordaría con su posible relación con un campamento romano pompeyano. A esta paleografía arcaica podría pertenecer también la inscripción de Olite (NA.06.01).

Desde el punto de vista histórico, la existencia de un grupo paleográfico diferenciado puede ponerse en relación con los ilergetes, tanto por su predominio político a finales del siglo III a. C. (que no debía de ser fruto de la casualidad, sino de motivaciones socioeconómicas estables) como porque debieron de beneficiarse de las conquistas romanas por no participar en la revuelta del 197 a. C. De hecho, nuestra fuente más antigua (Estrabón III, 4, 10, de finales del siglo I a. C.) indica que Osca es de los ilergetas, lo que apoyaría esa interpretación.

Pero un aspecto inesperado es lo que la sobreprevalencia de **be-11** nos indica de la introducción de la escritura en la zona. Es extraordinariamente sorprendente que no encontremos las formas de **be** media, las propias del siglo III a. C. Da la impresión de que la escritura se introduce con **be-11** a finales de ese siglo;⁷⁰ como mucho había un uso previo marginal de la misma, pero solo a finales del siglo se extendió, imponiendo un modelo concreto. Ambas interpretaciones sugieren un factor político contundente. Si, como parece, es **be-11** el signo más característico de esta introducción, dada la zona geográfica donde se documenta y las posibles vías geográficas, es probable que la escritura del interior proviniera de un signario de la zona de la desembocadura del Ebro.

Esto se ve apoyado tanto por la concentración de la forma en La Aldea (T.15.01) como en Tivisa

(T.07.02 y quizás T.07.01), en especial si consideramos también el uso peculiar de **ke** tumbado. Pues resulta que en T.07.02 hay una forma similar que podría ser **ke** (BDHesp T.07.02, consulta: 26/8/2021; sin acceso a la pestaña de comentarios), aunque su forma es más estrecha, más como un **r** tumbado, mientras que en el atribuido a Tivisa T.07.01 se usa en uno de los dos textos. Ambos son casos de uso precisamente de **be-11** y aparentemente no duales, lo que propone una datación coherente con su procedencia atribuida (Tivisa) en los comienzos del siglo II a. C. La cuestión es que Tivisa está situada defendiendo la entrada de la ruta de acceso natural desde la desembocadura del Ebro a Lérida (vía Pas de l'Ase – Flix), con inicio en Les Masies de Sant Miquel.

Desde este punto de vista, cobra más vigencia la idea de Cura (1993) de que en el interior de Cataluña las piezas antiguas con escritura eran tan pocas que podrían corresponder a inscripciones tardías sobre materiales más antiguos o a recomercializaciones de piezas escritas de la zona costera (Sabaté y Garcés, 2018: 805, n. 13). De hecho, las piezas sobre soporte más antiguo merecen un comentario.

La primera es L.06.01. Su tipología y su estrato de procedencia concuerdan en datarla en el periodo 400-350 a. C. Su texto se ha intentado leer de diversas maneras, la última como dual **kirgugebe** (Sabaté y Garcés, 2018: 808). Pero el segmento resultante no se parece a nada conocido y solo **ki** y **ku** tienen una forma normal. La **r** es deforme, el **be** se parece a **be-2** pero tiene un trazado extraño y de **ke** no solo sería sorprendente encontrar una forma de **ke** tumbado en una cronología antigua, sino que tiene un tamaño desafiado, totalmente desproporcionado. Me temo que a la posibilidad ya apuntada de que la realizase una persona muy torpe escribiendo, he de sumar la de que en realidad solo sean signoides que imitan escritura sin serlo.

La segunda es L.14.1 (**kulešufir**). Es una producción tardía de finales del siglo IV a. C. y presenta una **e** de dos trazos que es tan infrecuente sobre piezas áticas que encaja bien con esa datación tardía e incluso apunta a una perduración dentro del III a. C. En todo caso, lo que sugeriría que efectivamente fuera una inscripción local es la terminación en **-ir**, que parece ser una forma dialectal de **-er** (Rodríguez Ramos, 2017: 128 y 140 ss.). Si esto ha de entenderse como un uso limitado de la escritura ya en el siglo III a. C., o si se trata de una inscripción sobre una pieza ya antigua a finales de ese siglo, es algo indeterminable. La impresión que da el trazado elegante de sus signos y de **r-2** invita a sospechar que sea anterior al 200 a. C.

⁷⁰ Algo que podría relacionarse con las reformas administrativas para la logística de los complejos ejércitos de Indibil. Sobre este conviene advertir en contra de la costumbre de calificar a gobernantes y pueblos íberos como *caudillos* y *tribus* (o similares), puesto que estos términos no tienen base real en los textos; son invención de traductores que perpetuaban un enfoque ideológico colonialista, decimonónico y victoriano (la época en que se hicieron las traducciones, en las que algunos *se inspiran* demasiado), por el que un mismo término se traducía de forma *civilizada* si se refería a griegos, cartagineses o romanos pero *salvaje* si se trataba de íberos. A veces incluso en una misma frase y cuando solo hay una única palabra que califica a ambos, esta mágicamente se desdobra.

Otro problema lo tenemos en determinar hasta cuándo durarían las formas arcaicas. No las monetales, que indican signos especiales hasta el siglo I a. C., sino las formas con **be-11** en toda la zona y las arcaicas tipo **s** compleja en Lérida, así como eventualmente las que muestran algún tipo de notación dual.

Hemos visto el extraño fenómeno de las rupestres de la Cerdaña, donde se opone un primer grupo con **be-11**, signos complejos arcaicos y aparentemente siempre duales, frente a otro con **be-7** y el muy moderno **ti-3**. El auténtico problema lo supone el absoluto predominio de **ti-3** en este segundo grupo, puesto que **ti-1** es frecuente en el siglo II a. C. y como mínimo bien representado en el I. No es descartable un atípico predominio local de **ti-3**, pero la sospecha más obvia es que este segundo grupo es efectivamente muy tardío. Concuere con esta idea el que las formas especiales de este grupo (la **e** de dos trazos conectados y la **ku** con trazo interior) tienen paralelos datables muy tardíos, por más que los casos son pocos.

Una explicación minimalista posible sería que estos santuarios rupestres de la zona de paso de la Cerdaña hubiesen sido utilizados justamente en momentos de conflictos bélicos: el primer grupo entre 218-180 a. C., el segundo durante las guerras sertorianas. La otra opción es suponer que el primer grupo perduró en uso hasta su sustitución en algún momento de la segunda mitad del siglo II a. C., quizás a finales. Esta idea encajaría bien con los textos arcaizantes, salvo por el detalle nada baladí de la notación dual, que no está nada claro que fuese parte de estos textos, pues existen datos contradictorios. Naturalmente, no es imposible que en el futuro pueda identificarse un grupo arcaizante rupestre no dual que cubra el hueco.

Respecto a los textos arcaizantes, desde Monteró a Aranguren, incluyendo quizás otros como Binéfar, sí que es probable que perduraran hasta al menos el 125 a. C. (L.01.03) y quizás incluso hasta inicios del siglo I a. C. (Aranguren). Esto encaja perfectamente con la tradición arcaizante de la grafía de varias de las cecas vasconas. Es decir, que la utilización de las cecas no hubiese sido una mera perduración de grafías tradicionales en estos usos oficiales (interpretación de por sí algo forzada), sino que efectivamente refleje la escritura normal de la zona. En cuanto a si eso incluye el sistema dual, falta evidencia: parece que algunas arcaizantes no lo utilizan, pero no es imposible que otras atestigüen su uso durante gran parte del siglo II a. C.

En todo caso, queda claro que en un territorio que va desde la provincia de Lérida (y posiblemente zonas limítrofes de la de Barcelona) hasta Navarra hay

que contar con que haya inscripciones ibéricas que usen formas de signos arcaizantes durante al menos el siglo II a. C.; que este grupo parece caracterizarse por la forma **be-11**, aparte de otras distintivas pero no de uso generalizado; que una derivación de este grupo serían las grafías especiales de las cecas vasconas, y que culturalmente es probable que nos esté señalizando tanto un alto grado de autonomía cultural como una influencia ilergeta.

Este grupo paleográfico habría empezado a ser sustituido por el iberorromano estándar a finales del siglo II a. C., pero quizás (según cómo interpretemos Aranguren) no a la vez, sino paulatinamente de este a oeste. Aunque esta última *impresión* parece lógica, podría deberse solo a que tenemos muchos más datos de la zona este.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Armendáriz, Javier (2005). Propuesta de identificación del campamento de invierno de Pompeyo en territorio vascón. *Trabajos de Arqueología Navarra*, 18, pp. 41-64.
- Artigues, Pere Lluís, Dolors Codina, Noemí Moncunill y Javier Velaza (2007). Un colgante ibérico hallado en Can Gambús (Sabadell). *Palaeohispanica: revista sobre lenguas y culturas de la Hispania antigua*, 7, pp. 239-250.
- Buriel, Josep Maria, Consuelo Mata, Anna Lorena Ruiz, Javier Velaza, Joan Ferrer, M.^a Amparo Peiró, Clodoaldo Roldán, Sonia Murcia y Antonio Doménech (2011). El plomo escrito del Tos Pelat (Moncada, Valencia). *Palaeohispanica: revista sobre lenguas y culturas de la Hispania antigua*, 11, pp. 191-224.
- Camañes, M.^a Pilar, Noemí Moncunill, Carles Padrós, Jordi Principal y Javier Velaza (2010). Un nuevo plomo ibérico escrito de Monteró I. *Palaeohispanica: revista sobre lenguas y culturas de la Hispania antigua*, 10, pp. 233-247.
- Campmajó, Pierre, y Jürgen Untermann (1993). Les influences ibériques dans la Haute Montagne Catalane – le cas de la Cerdagne. En Francisco Villar y Jürgen Untermann (eds.), *Lengua y cultura en la Hispania prerromana*, Salamanca, Universidad de Salamanca, pp. 499-520.
- Costa, Gerard, y Víctor Sabaté (2018). Nuevas inscripciones ibéricas de la comarca de la Noguera (Lleida). *Palaeohispanica: revista sobre lenguas y culturas de la Hispania antigua*, 18, pp. 153-169.

- Cura i Morera, Miquel (1993). Nous grafitos ibèrics en el Molí d'Espígol (Tornabous) i la cronologia de l'escriptura ibèrica a l'interior de Catalunya. *Gala*, 2, pp. 219-225.
- Dubosse, Cécile (2007). *Enserune (Nissan-lez-Enserune, Hérault): les céramiques grecques et de type grec dans leurs contextes (VI^e-IV^e s. av. n. è.)*, Lattes, Association pour le Développement de l'Archéologie en Languedoc-Roussillon.
- Ferrer i Jané, Joan (2005). Novetats sobre el sistema dual de diferenciació gràfica de les oclusives sordes i sonores. *Palaeohispanica: revista sobre lenguas y culturas de la Hispania antigua*, 5, pp. 957-982.
- (2011). Ibèric *baikar*: un nou testimoni en un escif àtic de Sant Julià de Ramis. En Josep Burch, Josep Maria Nolla y Jordi Sagrera (eds.), *Les defenses de l'oppidum de *Kerunta*, Gerona, Documenta Universitaria (Excavacions arqueològiques a la muntanya de Sant Julià de Ramis, 4), pp. 203-217.
- (2014). El plom ibèric del campament romà de la Palma – Nova Classis (l'Aldea). *Sylloge epigraphica Barcinonensis (SEBarc)*, 12, pp. 17-28.
- (2015). Las dualidades secundarias de la escritura ibèrica nororiental. *Estudios de lenguas y epigrafía antiguas (ELEA)*, 14, pp. 309-364.
- y Vicent Escrivà (2015). Tres nuevas inscripciones ibéricas del Museo Arqueológico de Llíria. *Palaeohispanica: revista sobre lenguas y culturas de la Hispania antigua*, 15, pp. 143-159.
- e Ignasi Garcés (2005). El plomo ibèric d'Olríols (Sant Esteve de Llitera, Osca). *Palaeohispanica: revista sobre lenguas y culturas de la Hispania antigua*, 5, pp. 983-994.
- e Ignasi Garcés (2013). El plom escrit del Tossal del Mor (Tàrrrega, Urgell). *Urtx: revista cultural de l'Urgell*, 27, pp. 102-113.
- Ignasi Garcés, Joan-Ramon González, Jordi Principal y Josep Ignasi Rodríguez (2009). Els materials arqueològics i epigràfics de Monteró (Camarasa, la Noguera, Lleida): troballes anteriors a les excavacions de l'any 2002. *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló (QPAC)*, 27, pp. 109-154.
- y Marina Sánchez (2017). L'enigma B'oïde al descobert: *kaštaum* i *baikar* en sengles inscripcions ibèriques sobre una tortera i un vaset de Camps de l'Hospital (Vilademuls). *Revista d'arqueologia de Ponent (RAP)*, 27, pp. 221-236.
- Garcés, Ignasi, y Miquel Torres (2011). Inscripció ibèrica, grafitos i marques amfòriques procedents de la Fogonussa (Sant Martí de Maldà, Riucorb, Urgell). *Sylloge epigraphica Barcinonensis (SEBarc)*, 9, pp. 39-58.
- Garcés Estallo, Ignasi (2013). Nuevos epígrafes ibèrics de la comarca del Segrià (Lleida). *Palaeohispanica: revista sobre lenguas y culturas de la Hispania antigua*, 13, pp. 483-500.
- (2020). L'epigrafia ilergeta des dels MLH III fins al present. En Miquel Torres Benet, Ignasi Garcés Estallo y Joan-Ramon González Pérez (eds.), *Projecte Ilergècia: territori i poblament ibèric a la plana ilergeta. Centenari de les excavacions del poblat ibèric del Tossal de les Tenalles de Sidamon (1915-2015). Actes de la XLV Jornada de Treball, Sidamon, 11 i 12 de febrer de 2017*, Sant Martí de Maldà, Riucorb, Grup de Recerques de les Terres de Ponent, pp. 459-484.
- Garcés, Ignasi, y Victor Sabaté (2017). Nous esgrafiats ibèrics i llatins d'Ilerda (Lleida). *Revista d'arqueologia de Ponent (RAP)*, 27, pp. 237-265.
- Jeffery, Lilian H. (1961). *The Local Scripts of Archaic Greece: A Study of the Origin of the Greek*, Oxford, Clarendon Press.
- Jully, Jean-Jacques (1983). *Céramiques grecques ou de type grec et autres céramiques en Languedoc méditerranéen, Roussillon et Catalogne: VII^e-IV^e siècles avant notre ère et leur contexte socio-culturel*, París, Université de Franche-Comté.
- Lamboglia, Nino (1952). Per una classificazione preliminare della ceramica campana. En *Atti del I. Congresso internazionale di studi liguri (Monaco, Bordighera, Genova, 10-17 aprile 1950)*, Bordighera, Istituto internazionale di studi liguri / Museo Bicknell, pp. 139-206.
- Maluquer de Motes, Juan (1968). *Epigrafia prelatina de la península Ibèrica*, Barcelona, Universidad de Barcelona.
- (1976). Nuevas inscripciones ibéricas en Catalunya. *Pyrenae: revista de prehistòria i antiguitat de la Mediterrània Occidental*, XII, pp. 183-189.
- Moncunill Martí, Noemí (2010). *Els noms personals ibèrics en l'epigrafia antiga de Catalunya*, Barcelona, Institut d'Estudis Catalans.
- y Núria Morell (2008). Reexcavando en los museos: novedades epigráficas en soportes de plomo. *Palaeohispanica: revista sobre lenguas y culturas de la Hispania antigua*, 8, pp. 243-255.
- Panosa, M.^a Isabel (2015). *Inscripcions ibèriques de les comarques de Tarragona*, Tarragona, Institut Català d'Arqueologia Clàssica.
- Pera, Joaquim (2003). Epigrafia ibèrica a la ciutat romana de Iesso (Guissona, La Segarra). *Revista d'arqueologia de Ponent (RAP)*, 13, pp. 237-245.

- Principal, Jordi, M.^a Pilar Camañes y Carlos Padrós (2015). Un edifici singular al *castellum* romano-republicà de Monteró 1 (Camarasa, la Noguera), i l'urbanisme complex d'un post avançat del nord-est de la Citerior. *Revista d'arqueologia de Ponent (RAP)*, 25, pp. 309-325.
- Puig i Griessenberger, Anna M. (2006). *Rhode: caracterització del jaciment i de les produccions dels seus tallers ceràmics* <<http://hdl.handle.net/10803/7847>>, tesis doctoral, Universitat de Girona.
- Rodríguez Ramos, Jesús (1997a). Primeras observaciones para una datación paleográfica de la escritura ibérica. *Archivo Español de Arqueología (AespA)*, 70, pp. 13-30.
- (1997b). Sobre el origen de la escritura celtibérica. *Kalathos*, 16, pp. 189-197.
- (2000). Nuevas observaciones de cronopaleografía ibérica levantina. *Archivo Español de Arqueología (AespA)*, 73, pp. 43-57.
- (2001). La cultura ibérica desde la perspectiva de la epigrafía: un ensayo de síntesis. *Iberia*, 4, pp. 17-38.
- (2001-2002). Okelakom, Sekeida, Bolšken. *Kalathos*, 20-21, pp. 429-434.
- (2002). Las inscripciones sudlusitano-tartésias: su función, lengua y contexto socioeconómico. *Complutum*, 13, pp. 85-95.
- (2004). *Análisis de epigrafía íbera*, Vitoria – Gasteiz, Universidad del País Vasco (Anejos de Veleia. Series Minor, 22).
- (2014). Nuevo índice crítico de formantes de compuestos de tipo onomástico íberos. *Arqueoweb*, 15/1, pp. 81-238.
- (2017). La cuestión del dativo en la lengua íbera. *Philologia Hispalensis*, 31/1, pp. 119-150.
- (2018). Estudio de fenómenos consonánticos de la lengua íbera. *Veleia*, 35, pp. 189-211.
- (e. p.). La inscripción del plomo de sierra de Gádor y la escritura bastetana.
- Ruiz Darasse, Coline (con la colaboración de Michel Bats) (2017). Révision des supports de l'écriture paléohispanique du site d'Ensérune (Hérault, France). *Palaeohispanica: revista sobre lenguas y culturas de la Hispania antigua*, 17, pp. 177-193.
- Sabaté Vidal, Víctor (2016). Novetats sobre epigrafia ibèrica (2007-2014). *Revista d'arqueologia de Ponent (RAP)*, 26, pp. 35-71.
- e Ignasi Garcés (2018). Epigrafia ibèrica conservada a Ponent: revisions i novetats. En Alejandra Guzmán y Javier Velaza (eds.), *Miscellanea epigraphica et philologica Marco Mayer oblata*, Barcelona, Universitat de Barcelona, pp. 797-815.
- Siles, Jaime (1985). *Léxico de inscripciones ibéricas*, Madrid, Ministerio de Cultura.
- Sinner, Alejandro G., y Joan Ferrer (2018). Novedades epigráficas de Ilduro (Cabrera de Mar, Barcelona). *Palaeohispanica: revista sobre lenguas y culturas de la Hispania antigua*, 18, pp. 203-216.
- y Javier Velaza (eds.) (2019). *Palaeohispanic Languages & Epigraphies*, Oxford, Oxford UP.
- Ugolini, Daniela, y Christian Olive (2004). La circulation des amphores en Languedoc: réseaux et influences (VI^e-III^e s. av. J.-C.). *Arqueo Mediterrània*, 8, pp. 59-104.
- Untermann, Jürgen (1975-1997). *Monumenta Linguarum Hispanicarum*, I-IV, Wiesbaden, Dr. Ludwig Reichert Verlag.
- (1989). Nova inscripció ibèrica sobre plom, procedent del país dels Ilergetes. *Acta Numismatica*, 19, pp. 39-44.
- (2014). *Iberische Bleiinschriften in Südfrankreich und im Empordà*, Berlin, De Gruyter.
- Velaza Frías, Javier (2001). *Chronica epigraphica Iberica II: novedades y revisiones de epigrafía ibérica (1995-1999)*. En Francisco Villar y M.^a Pilar Fernández Álvarez (eds.), *Religión, lengua y cultura prerromanas de Hispania*, Salamanca, Universidad de Salamanca, pp. 639-662.
- (2013). Tres inscripciones sobre plomo de La Carenca (Turís, Valencia). *Palaeohispanica: revista sobre lenguas y culturas de la Hispania antigua*, 13, pp. 539-550.
- (2019). *Chronica epigraphica Iberica xv (2017-18)*. *Palaeohispanica: revista sobre lenguas y culturas de la Hispania antigua*, 19, pp. 231-263.

